

George Whitefield

1714-1770



COMPILACIÓN POR VÍCTOR GARCÍA

George Whitefield (se pronuncia Witfield) nació en Inglaterra en 1714 y se convirtió en 1736. Inicialmente trabajó junto a John Wesley, pero posteriormente tuvieron serios desacuerdos a causa de los ataques de Wesley contra la doctrina de la predestinación. Aunque esto los dividió, nunca dejaron de ser amigos. A su muerte, Whitefield pidió que el predicador de su funeral fuera el mismo Wesley. Whitefield fue el predicador más popular y exitoso de su tiempo y según muchos, el mejor que ha producido Inglaterra.



La fortaleza física de Whitefield

* Solía despertarse a las 4:00 a.m. y comenzaba a predicar a las 5 o 6. En una semana predicaba 12

sermones o más y se pasaba de 40 a 50 horas en el púlpito.

* Whitefield se esforzaba tanto y predicaba con tal intensidad, que con frecuencia después de predicar sufría “una vasta descarga estomacal, usualmente con una considerable cantidad de sangre.”

* Benjamín Franklin estimó que la voz de Whitefield podía ser oída por más de 30,000 personas al aire libre—en una época en la que no había amplificadores.

La Influencia de Whitefield

* En 1739 Whitefield y Benjamín Franklin se conocieron, y a pesar de sus grandes diferencias, se hicieron grandes amigos. Franklin fue uno de sus admiradores.

* En su sermón de despedida en Boston, Whitefield atrajo 23,000 personas, más de las que vivían en la ciudad en esos días. Esta fue probablemente la multitud más grande que se había reunido hasta entonces en América.

* Aunque John Wesley es conocido como el fundador del Metodismo, en realidad Whitefield fue el pionero de la mayoría de métodos usados en el “Gran Avivamiento” de los años 1700—predicaciones evangelísticas al aire libre, conferencias de pastores, establecimiento de escuelas y de orfanatos y publicación de revistas.

* Predicó por lo menos 18,000 veces y se estima que le oyeron unas 10 millones de personas.

* El gran actor de teatro británico, Garrick, impresionado por la pasión de Whitefield, exclamó, “Daría cien guineas, si pudiera decir “¡Ooh!” como Whitefield.”

La entrega y dedicación de Whitefield

* En sus giras misioneras atravesó trece veces el océano Atlántico viajando siete veces a América y más de doce a Escocia, Irlanda, Bermudas y Holanda.

* En una carta a otro ministro escribió: “No temas a tu débil cuerpo; no moriremos hasta terminar nuestro trabajo. Los siervos de Cristo tenemos que vivir de milagro, si no, yo ya no viviría porque sólo Dios sabe lo que tengo que soportar diariamente. Mis continuos vómitos casi me matan y el púlpito es lo único que me cura.”

* Su consejo a los predicadores era: “Mientras más hacemos, más podemos. Cada acción fortalece el hábito. La mejor preparación para predicar el domingo es predicar todos los días de la semana.”

* Ante el consejo de sus doctores de no continuar su incesante actividad, Whitefield insistía: “Prefiero desgastarme que oxidarme.”

* A pesar de las tentaciones que venían con su gran éxito, su popularidad y el mucho dinero que levantaba en América y en Inglaterra, Whitefield nunca cayó en faltas sexuales o de dinero, ni tuvo afán por crear una denominación con su nombre. Su carácter reflejaba al de los santos bíblicos de los cuales hablaba, y su obra de compasión por los niños huérfanos lo mantenía casi siempre al borde de la quiebra.

Citas de Whitefield

* “Es mejor ser un santo que un conocedor. De hecho, la única manera de ser un verdadero conocedor es procurando ser un verdadero santo.”

* “Las épocas de sufrimiento son las épocas de más provecho para un cristiano.”

* “Cuando muera, deseo que en mi tumba diga: “Aquí descansa George Whitefield; sólo en el día final se sabrá que clase de hombre fue.”

La última oración de Whitefield

Sep. 29, 1770: “¡Señor, si aún no ha llegado el fin de mi carrera, déjame ir a predicar y sellar tu verdad una vez más al aire libre, entonces vendré a casa y moriré!” Esa tarde, Whitefield predicó; a la siguiente mañana, murió.

La última exhortación pública de Whitefield

“¡Obras! ¡Obras! Un hombre podrá entrar al cielo por obras tan pronto como yo descubra que se puede escalar a la luna con una soga de arena.”

Una anécdota verdadera

En mayo de 1750, después de oír predicar a Whitefield, John Thorpe y tres amigos fueron a imitarle burlonamente a una taberna. Cuando llegó su turno, Thorpe, tomó una Biblia, se subió a una mesa y gritó, “Si no os arrepentís, todos pereceréis.” De repente, fue impactado por la realidad de su pecado y allí mismo se arrepintió y comenzó a predicar de verdad. Dos años más tarde llegó a ser uno de los predicadores itinerantes de John Wesley.

†